

ACERCA DE LA FUNCIÓN DE LA ANGUSTIA. UNA LECTURA DE “INHIBICIÓN, SÍNTOMA Y ANGUSTIA” DE S. FREUD*

ABOUT THE FUNCTION OF ANXIETY. AN INTERPRETATION OF “INHIBITION, SYMPTOM AND ANXIETY” BY S. FREUD

Recibido: 15 abril de 2009/Aceptado: 02 de junio de 2009

ALICIA R. BENJAMÍN**

Universidad John F. Kennedy - Argentina

Key words:

Anxiety, Inadequation,
Danger, Masochism.

Palabras clave:

Angustia, Inadecuación,
Peligro, Masoquismo.

Abstract

This paper gives a detailed interpretation of Freud's "Inhibition, Symptoms, and Anxiety" with the aim to place: the conceptualizations of anxiety; the difficulties of defining the statute of danger that involves anxiety; the enigmatic "function" of anxiety for the individual; and the way in which Freud solves the mystery in his text. It is thought, that the Freudian interest to specify the function of anxiety and the permanent verification of its inadequacy are precedents to what Lacan formulates about "the necessity to preserve anxiety" in his X Seminar.

Resumen

En este trabajo se realiza una lectura detallada de "Inhibición, síntoma y angustia" de Freud, con el objetivo de ubicar: las conceptualizaciones sobre la angustia en juego; las dificultades para definir el estatuto del peligro que conlleva la angustia; la enigmática "función" que la angustia cumple en el individuo; y el modo en el que Freud resuelve, en este texto, dicho enigma. Se concluye así que el interés freudiano en precisar la función de la angustia, y la permanente constatación de su inadecuación, son antecedentes de lo que Lacan, en su Seminario X, formula respecto a la "necesidad de preservación de la angustia".

* Proyecto en el cual se enmarca el trabajo: "Acercas de la 'necesidad de preservar la dimensión de la angustia' Su fundamentación psicoanalítica" Maestría en Psicoanálisis - Universidad John F. Kennedy (Decana: Dra. Amelia Imbriano) - Cohorte 2007.

** Candidata a magister en Psicoanálisis de la Universidad John F. Kennedy, Buenos Aires (Argentina). Email: alibenja@yahoo.com.ar

PRESENTACIÓN DEL TEMA

Este trabajo se enmarca en un proyecto más amplio,¹ relativo al estatuto de la angustia en tanto afecto privilegiado del sujeto. La hipótesis, explicitada en el *Seminario X La angustia*, de Jacques Lacan, consiste en que la angustia es una dimensión necesaria para la vida humana. En dicho proyecto, realizo una revisión crítica de la literatura psicoanalítica, especialmente de la obra de Sigmund Freud y del mencionado *Seminario X La angustia*, así como otras referencias significativas del campo de la ética y la estética.

En este marco, presento a continuación una lectura detallada de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) de Freud. Esta obra es de importancia central, no solo en el abordaje freudiano de la angustia, sino en cuanto a la conceptualización de las neurosis y la búsqueda de su “causación última”, ya que, justamente, guarda estrecha relación con la pregunta freudiana sobre el “por qué” de la persistencia de la angustia a lo largo de la vida del neurótico.

Pienso de antemano que la pregunta freudiana acerca de la enigmática función de la angustia, y la constatación de su permanente inadecuación, constituyen un antecedente de la pregunta que Lacan, en su *Seminario X*, formula en torno a la necesidad de preservación de la angustia para el sujeto humano.

1. Proyecto de Tesis “Acerca de la ‘necesidad de preservar la dimensión de la angustia’ Su fundamentación desde la perspectiva del psicoanálisis” Maestría en Psicoanálisis. Universidad J. F. Kennedy. Decana: doctora Amelia Imbriano. Directora de Tesis: doctora S. Vassallo.

LECTURA DE “INHIBICIÓN, SÍNTOMA Y ANGUSTIA

El yo, el síntoma y la angustia que acecha

Freud no inicia su estudio a partir de la angustia, sino de la diferenciación entre la inhibición y el síntoma. Pero la angustia se le aparece, precisamente, en su definición de la inhibición como “limitación funcional del yo”. En particular, Freud se detiene en el caso de las inhibiciones especializadas, que se dan cuando la función yoica de un órgano se deteriora debido al aumento de “su erogeneidad, su significación sexual” (Freud, 1926, p. 85).² Pero, entonces, ¿de qué modo aparece la angustia? Para Freud, en cada caso de inhibición, se trataría de renunciar a cierta función “porque a raíz de su ejercicio se desarrollaría *angustia*” (p. 84. El subrayado es mío). Así, desde el inicio del desarrollo humano, se establece una relación intrínseca entre el terreno del yo y la aparición de la angustia. Mientras que el síntoma, por su parte, “no es un proceso que ocurra dentro del yo”.

Precisamente, en los Capítulos 2 y 3 del texto en cuestión, Freud se ocupa del yo y sus modos de defensa, proponiendo de manera explícita: “Los casos singulares de formación de síntomas. Ello nos dará ocasión de entrar en el problema de la angustia, que hace tiempo sentimos como si acechara en el trasfondo” (p. 96).

A partir de este planteamiento se produce un movimiento “circular” en la indagación freudiana, que voy a intentar explicar.

2. Todas las citas de Freud, a partir de aquí, corresponden a *Inhibición, Síntoma y Angustia* a menos que se especifique otra cosa.

Modificación de la teoría de la angustia.**Los intentos freudianos por****librarse de la angustia**

En el Capítulo 4, Freud parte del síntoma de la zoofobia histérica infantil; es decir, el síntoma cuyo vínculo con la angustia es más evidente. Concretamente, retoma los casos del pequeño Hans y del Hombre de los Lobos, y concluye que pese a las diferencias de la constitución edípica, dado que “el resultado final de la fobia es aproximadamente el mismo, la explicación de ello tiene que venirnos de otro lado” (p. 103). Tal conclusión es lo que lleva a Freud a la modificación de su teoría de la angustia:

En ambos casos, el motor de la represión es la angustia frente a la castración; los contenidos angustiantes (...) son sustitutos desfigurados del contenido ‘ser castrado por el padre’ (p. 103).

Freud plantea críticamente, con relación a sus propios postulados anteriores, la contradicción a la que llevaría seguir sosteniendo su primera teoría de la angustia; es decir, considerarla como trasposición de la excitación sexual inhibida o detenida en su curso a la satisfacción. Esta teoría sigue siendo apta para dar cuenta de las neurosis actuales. Pero dicha teoría no se puede seguir sosteniendo con lo que ahora queda demostrado en el caso de las fobias: que la angustia nace en el yo, siendo ella la que provoca la represión, y no a la inversa. El “non liquet!” (“¡No está claro!”) con el que se cierra este Capítulo 4 es muy elocuente con relación al punto de contradicción al que llega Freud.

Encontramos entonces que, a través del análisis

de las fobias, Freud se vio llevado a modificar su teoría de la angustia.

De modo que, al comienzo de su Capítulo 5, él critica su elección de las fobias para abordar la cuestión de la formación de síntomas, lo cual era su objetivo explícito al tomar las zoofobias infantiles. Cito:

La angustia que predomina en el cuadro de estas afecciones se nos presenta ahora como una complicación (...) Son numerosas las neurosis en las que no se presenta nada de angustia (...) Ya este hecho debería alertarnos para no atar con demasiada firmeza los vínculos entre angustia y formación de síntoma (p. 106).

Aquí se inicia el movimiento “circular” del razonamiento freudiano al que me referí anteriormente. La presencia de la angustia “complica” a Freud en su indagación acerca del mecanismo de formación de síntomas. Razón por la cual, ahora, él intenta “no atar con demasiada firmeza los vínculos entre angustia y formación de síntomas”.

De algún modo, Freud intenta “despojar del afecto-angustia” a los síntomas para poder inteligir mejor su mecanismo, que se ve viciado por la presencia de dicho afecto.

Considero que este es un mecanismo homólogo al que en el siguiente capítulo describe como “aislamiento”, propio de la neurosis obsesiva. En el aislamiento se despoja a la vivencia de su afecto, por ser este “perturbador” para el sujeto; y los vínculos asociativos de dicha

vivencia con el afecto son sofocados y suspendidos. La vivencia no es ni recordada ni olvidada, sino “aislada” del devenir asociativo. Modo particular de represión que pone en juego a un yo más vigilante, alerta y guardián respecto de todo aquello que perturbe su unidad. En este caso, la unidad buscada por Freud, y no conseguida, es la de una teoría *unitaria* que dé cuenta de la angustia.

Ahora bien, este intento freudiano de librarse de la angustia tiene un alto precio. La investigación así emprendida arroja un “escaso fruto”; al seguir este procedimiento casi nada se avanzó respecto de la cuestión de los síntomas en las neurosis. Y además de este fracaso de la indagación, el problema radica justamente en que si la angustia de castración es motor de la represión, como ahora afirma su nueva teoría, entonces la pregunta cambia: “¿Qué se ha hecho de la angustia en las otras dos formas [histeria de conversión y neurosis obsesiva], cómo se la ha ahorrado el yo?” (p. 117).

La aparente “ausencia” de angustia en estas dos neurosis y la dificultad para pensar la angustia de castración en las neurosis femeninas cuestionan su novedosa teoría. Teoría que hace *lógicamente imposible* la ausencia de angustia cuando de las neurosis se trata.

Así, la modificación en la teoría de la angustia conlleva la *necesidad* de la angustia —sea ella evidente o no— por lo menos en el campo de las neurosis. En tanto la angustia es el motor de la represión, no sería posible la represión —mecanismo específico de las neurosis y condición de las formaciones de síntoma— sin la angustia.

¿Cuál es la función de la angustia?

Ya en el Capítulo 7, Freud *vuelve* a las zoofobias

infantiles, cuadro en el que es evidente la angustia, así como también queda claro que el *peligro* en juego es el de la *castración*.

“Esta vez no perdamos de vista el vínculo con la angustia” (p. 119), advierte. Así, Freud sitúa el lugar de la angustia en las diferentes neurosis y la filiación de dicha angustia con la castración aún allí donde —como ocurre en la neurosis obsesiva, precisamente— ella “está encubierta”, apareciendo en cambio “equivalentes de angustia”.

Por vía de su relación con la castración, la angustia mantiene la significación sexual, cuestión que era clara y evidente en su primera teoría. Freud se mantiene firme respecto a este punto. Incluso en cuadros como las *neurosis traumáticas*, con las que se ha querido mostrar que “una amenaza a la pulsión de autoconservación podía producir una neurosis sin participación alguna de la sexualidad” (p. 122), Freud considera que nada en lo inconsciente puede dar contenido al concepto de aniquilación de la vida. Además, la pulsión de autoconservación tiene una naturaleza libidinosa, tal como lo ha demostrado su conceptualización del narcisismo.

En el Capítulo 8, Freud declara la necesidad y, a la vez, la dificultad para definir “la esencia de la angustia”.³ Al respecto, voy a detenerme en un punto en particular: el que atañe a la pregunta freudiana por la función de la angustia.

3. Esta dificultad ha sido destacada por filósofos, psicólogos y traductores, que han señalado la imposibilidad de una definición “unitaria” y la necesidad de su connotación con diversos términos, que varían sensiblemente según las lenguas. Cf. Hanns, L. A. en su *Diccionario de términos alemanes de Freud* (1996).

Tomando como paradigmático el trauma de nacimiento, queda en pie para Freud la pregunta acerca de qué ocurre en aquellos organismos que, a diferencia de los mamíferos, no lo vivencian. Organismos a los que Freud les supone necesariamente la reacción de la angustia. Cito:

Pero esta objeción salta la frontera entre biología y psicología. Justamente porque la angustia tiene que llenar una función indispensable desde el punto de vista biológico, como reacción frente al estado de peligro, puede haber sido montada de manera diversa [que la vivencia del nacimiento] en los diferentes seres vivos (p. 127).

Freud se dedica, entonces a precisar la función de la angustia. Tal como planteé en la presentación de este escrito, considero que dicha pregunta es equivalente, en la obra freudiana, a aquella que Lacan se plantea en su *Seminario X* sobre cuál es la “necesidad de preservar la dimensión de la angustia”. Está en juego algo enigmático: ¿qué haría necesaria a la angustia en el aparato psíquico, y en general en los organismos vivos?

Si el referente es el *organismo vivo*, tendría entonces que precisarse la función *biológica* de la angustia, o sea, cuál es su tarea en el marco de dicho organismo. Esto implica abordar la angustia desde la Fisiología, y es lo que intenta hacer Freud.

Un supuesto básico de la fisiología moderna es el principio de *homeostasis*, por el cual un organismo mantiene las condiciones internas constantes y estables necesarias para la vida.

En Freud, esto remite en principio a la dimensión de la angustia como reacción frente a un peligro. Si la reacción es acorde con el fin —evitar o librarse del peligro— pues sería sin duda una reacción adecuada; no lo sería cuando dicha reacción no concuerda con ese fin.

Esto último pone en primer plano la necesidad de definir el peligro. Y aquí se produce un movimiento crucial en el texto, veamos.

Estatuto del peligro en juego

En principio, lo peligroso es toda perturbación económica que, incrementada excesivamente, amenace con romper las barreras protectoras del organismo. Esta perturbación es “el núcleo genuino del peligro” (p. 130). A partir de esta definición, Freud indaga en tres formas de angustias infantiles: la angustia ante la soledad, ante la oscuridad y ante una persona extraña. Los tres casos son reducidos por Freud a uno, que consiste en echar de menos a una persona o añorarla.

Y es aquí cuando se produce el pasaje decisivo: porque el contenido del peligro se desplaza, de la situación económica, a su condición: la pérdida de objeto. Es decir, de la angustia producida involuntaria y automáticamente, se pasa a un estado de desvalimiento yoico ante una perturbación económica o, en otras palabras, de una “situación traumática” análoga al nacimiento —Freud menciona dicha producción de angustia de modo “impersonal”—, se pasa a una *situación de peligro para el yo*. Así es como se activa la señal de angustia: se da, se produce al modo de una vacuna:

Esta mudanza significa un primer gran progreso

en el logro de la autoconservación; simultáneamente encierra el pasaje de la neoproducción involuntaria y automática de la angustia a su reproducción deliberada como señal de peligro (p. 130).

Justamente entonces, al considerar un objeto de la angustia (objeto de añoranza, de amor, objeto que se teme perder), “queda expedito el camino hacia el entendimiento de la angustia, y la armonización de las contradicciones que parecen rodearla” (p. 129).

Por otra parte, este pasaje a la pérdida de objeto le permite aclarar a Freud la cuestión de las neurosis femeninas:

... en el caso de la mujer parece que la situación de peligro de la pérdida de objeto siguiera siendo la más eficaz... más que de la ausencia o de la pérdida real del objeto, se trata de la pérdida de amor de parte del objeto (p. 135).

Freud vuelve así en su Capítulo 9, a los vínculos entre formación de síntomas y desarrollo de la angustia. Solo que ahora media entre ambos la situación de peligro, respecto de la cual la angustia es señal y motor de la represión. Este es el circuito a seguir para el entendimiento de la formación de síntomas.

Pero, si cada edad del desarrollo tiene su “condición de angustia” o peligro específico —tal como explica Freud—, en el neurótico, precisamente, subsisten antiguas situaciones que no perdieron su significatividad. No basta el progreso del aparato psíquico en cuanto a

su capacidad de dominio de los estímulos ni a la posibilidad de procurarse por sus propios medios la mayoría de sus necesidades. ¿Por qué tanta gente no supera las “condiciones de angustia perimidas”?

En esta constatación de la permanencia de las antiguas condiciones de angustia, Freud vuelve a toparse nada menos que con el motivo último de las neurosis:

¿A qué deben su permanencia estas reacciones frente al peligro? ¿De dónde le viene al afecto de angustia el privilegio de que parece gozar sobre todos los otros afectos, a saber, el de provocar solo él unas reacciones que se distinguen de otras como anormales y se contraponen a la corriente de la vida como inadecuadas al fin? (p. 140. El subrayado es mío).

Estas “angustiosas” preguntas de Freud implican que la función biológica de la angustia, como reacción frente a un peligro, no responde por su verdadera función. Se hace necesario seguir indagando de qué peligro ella es reacción, señal.

Y Freud, en efecto lo hace: en su Capítulo 10, el psiquiatra de Viena trata de acceder al “motivo último, particular” de la neurosis. ¿Porqué algunos pueden someter el afecto de angustia “a la fábrica normal del alma”, mientras que muchos otros fracasan?

Para Freud es imposible precisar una “causa última” y unitaria de la neurosis. Aquí, en efecto, también, se verifica la imposibilidad de unidad. Pero sí encuentra tres principales factores de causación, a cada uno de los

cuales les corresponde una “significatividad patógena” definida en función del estatuto del peligro.

1. El factor de causación *biológico*. Se trata de la *pre-maturez* con la que el ser humano viene al mundo. Las consecuencias de dicha prematurez son, principalmente: una diferenciación también prematura entre el yo y el ello; una mayor significatividad de los peligros del mundo exterior; el incremento del valor del único objeto protector; y la necesidad de ser amado para siempre.
2. El factor *filogenético*. Que corresponde al particular *desarrollo de la sexualidad humana*, estructurado en dos tiempos medidos por una interrupción, lo que conlleva una consecuencia crucial: La sexualidad misma se vuelve peligrosa para el yo.
3. El factor *psicológico*. Se trata de la imperfección del aparato psíquico, debida a la mencionada diferenciación prematura entre el yo y el ello. La consecuencia de esto es que el yo deba defenderse de las mociones pulsionales del ello tratándolas como *peligros* (vemos que este factor de causación se relaciona estrechamente con los dos primeros y que este peligro no cesa de insistir, en tanto la pulsión empuja constantemente. El resultado final será la formación de síntomas en tanto satisfacciones sustitutivas y la permanente actividad defensiva del yo).

Hay que advertir, siguiendo a Freud, que los peligros de los cuales la angustia es señal, se diversifican, y perviven, a lo largo de la vida humana, a partir de este triple factor de causación de las neurosis.

Situación traumática y situación de peligro. Importancia decisiva del masoquismo pulsional

Por último, el Capítulo 11 o “Addenda” gira principalmente en torno a la angustia pero de un modo un tanto deshilvanado, que denuncia en su estilo la imposibilidad de unificar tanto teórica como clínicamente el tema de la angustia. Específicamente, allí Freud vuelve sobre varias cuestiones:

- a) Al priorizar la “situación de peligro” y su genuino núcleo en la perturbación económica, se precisa mejor el valor biológico del afecto de angustia. Así, el yo, en tanto almacén de la angustia, tiene la función de producir el afecto de angustia de acuerdo con sus necesidades, como si fuera una vacuna, limitando y morigerando a una señal el vivenciar penoso.
- b) La diferencia entre angustia realista y angustia neurótica se relativiza. Esto implica reconsiderar el concepto de lo *real*, ya que el peligro pulsional es sin dudas algo real, y, en consecuencia, el peligro “realista” es significativo para el yo en tanto se vincula de algún modo con una situación vivenciada como peligro. De otro modo, nuestro bagaje instintivo de ningún modo estaría preparado para alertarnos respecto de peligros objetivos para nuestra autoconservación.⁴
- c) “En el caso del ser humano, lo único acorde al fin es esta herencia arcaica que se refiere a la pérdida

4. Esto es exhaustivamente trabajado por Freud en su 25ª Conferencia “La angustia” (1917).

de objeto” (p. 157). Este es el punto en el cual Freud se sostiene para argumentar la adecuación de la angustia a un fin: en tanto el humano nace prematuramente, el desvalimiento le hace necesario convocar la acción específica de un Otro que lo socorra. El incipiente yo “se da” la señal de angustia y esto tiene indudable una función de reclamo al Otro salvador.

- d) La separación del objeto produce angustia algunas veces y en otras solo dolor. Ante la vista de una persona extraña, por ejemplo, que se halla en lugar de su madre, el lactante pareciera conjugar angustia y dolor, debido a que aún es incapaz de diferenciar la ausencia temporaria de la definitiva. Este “malentendido” se solucionaría en función de “repetidas experiencias consoladoras”, refiriéndose Freud explícitamente al juego de ocultar el rostro y descubrirlo repetidamente ante el niño. Así, el niño podrá experimentar “una añoranza no acompañada de desesperación” (p. 158).
- e) Freud acentúa la diferencia entre la “situación traumática” de la ausencia de la madre y la del nacimiento: en este último caso “no existía objeto alguno que pudiera echarse de menos. La angustia era la única reacción que podía producirse. Desde entonces, repetidas situaciones de satisfacción han creado el objeto de la madre, que ahora, en caso de despertarse la necesidad, experimenta una investidura intensiva, que ha de llamarse ‘añorante’” (p. 159. El subrayado es mío).

Este punto y el anterior resultan muy significa-

tivos en el campo de la psicología clínica. El “malentendido” al que se refiere Freud perdura, para muchos sujetos, durante el resto de su vida. De este modo, la ausencia temporal del Otro, real o simbólica, es vivenciada como situación traumática, a la cual el sujeto reacciona mediante un dolor conjugado con desesperación y angustia. Para el sujeto, constituye entonces un “progreso” el hecho de que la angustia y el dolor sean claramente diferenciados.⁵

- f) Freud establece la diferencia entre “situación traumática” y “situación de peligro”, pues hay “buenas razones para diferenciar (las)”. Dice Freud: “Constituye un importante progreso en nuestra autopreservación no aguardar a que sobrevenga una de esas situaciones traumáticas de desvalimiento, sino preverla, estar esperándola. Llámese situación de peligro a aquella en que se contiene la condición de esa expectativa; en ella se da la señal de angustia” (p. 155).

En tanto pueda producirse una situación de desvalimiento, o acontezca algo que recuerde al individuo la situación traumática vivida, ocurre lo siguiente: “Anticipo ese trauma, quiero comportarme como si ya estuviera ahí, mientras es todavía tiempo de extrañarse de él. *La angustia es, entonces, por una parte, expectativa del trauma, y por la otra, una repetición amenguada de él*” (p. 155. El subrayado es mío).

5. Abordé parcialmente este punto en mi trabajo “¿Cómo no perderse en el país del amor?” (*Actualidad psicológica*, Año XXXII, N° 352, pp. 22-24). Allí me ocupé de la importancia del amor de transferencia para que esa diferenciación termine de establecerse en el sujeto.

Es claro, así, que, en este trabajo, Freud retoma una idea ya abordada en “*Más allá del principio del placer*” (1920a): lo vivido pasivamente —en este caso el trauma— es repetido de manera activa con el objetivo de dominar psíquicamente las “impresiones vitales”.

g) Este último punto se relaciona con el b). Y voy a detenerme en él porque lo considero central en la búsqueda freudiana respecto de cuál es el peligro en juego en la angustia.

En una nota agregada al Complemento sobre la angustia, Freud avanza sobre este punto. Cito textualmente:

Acaso ocurre bastante a menudo que en una situación de peligro apreciada correctamente como tal se agregue a la angustia realista una porción de angustia pulsional. La exigencia pulsional ante cuya satisfacción el yo retrocede aterrado sería entonces la masoquista, la pulsión de destrucción vuelta hacia la persona propia. Quizás este añadido explique el caso en que la reacción de angustia resulta desmedida e inadecuada al fin. Las fobias a la altura (ventana, torre, abismo) podrían tener ese mismo origen: su secreta significatividad femenina se aproxima al masoquismo (p. 157 n. 13).

Esta “significatividad femenina” refiere a que la caída es interpretada por Freud como una figuración del parto. Así lo plantea en el texto *Sueño y telepatía* (Freud, 1922), pero ya lo podemos situar en el análisis de la caída de la “joven homosexual”, en la que por vía del juego

significante, el “caer debajo” llevaba, en el idioma alemán, a la significación de “parir” (Freud, 1920b).

J. C. Cosentino, (1998), se detiene en esta nota al pie que hace Freud por considerarla un momento importante en su abordaje de la angustia.

Por un lado, y por vía del desamparo inaugural del lactante, ya se había desdibujado la diferencia entre peligro real-exterior y peligro pulsional-interior. Dice Cosentino: “El desamparo modifica el referente: el exterior se hace interior, la angustia se encuentra con la pulsión” (p. 98). Este es un movimiento que Freud ya había realizado en su argumentación, pero, a partir de lo planteado en la nota citada, se produce un nuevo giro que se resume en tres niveles:

- La imperfección de nuestro aparato psíquico
- El desvalimiento o indefensión
- La satisfacción masoquista

En tanto se produce la coincidencia de estos tres niveles, y en particular con el agregado del tercer nivel, el que implica la satisfacción masoquista que horroriza al sujeto (pulsión de destrucción vuelta sobre la propia persona), la pregunta freudiana acerca de la “adecuación o inadecuación de la angustia al fin” deja de tener validez, por lo menos en los términos en los que hasta ahora había sido planteada. Ya no interesa que dicha reacción resulte desmedida e inadecuada al fin, pues, en todo caso, la satisfacción de la pulsión de destrucción, en su destino de vuelta sobre la propia persona en la forma de masoquismo, explica la aparente “inadecuación” de la angustia, otorgando así una finalidad a la misma. Se

trata de una finalidad que se inscribe “más allá del principio del placer” (Vasallo, 2008).

Por otra parte, con la clínica de las fobias, en particular las fobias a la altura, si bien un autor como Kierkegaard (1844) ya se había referido a ello, se abre la dimensión paradójica de que aquello que espanta y horroriza es, a la vez, aquello que atrae. En este mismo tema ahondará por ejemplo un autor como Trías (1982).

CONCLUSIONES

En este recorrido por el escrito *Inhibición, síntoma y angustia*, hemos podido situar las dificultades con las que Freud se encuentra para precisar la función de la angustia en el sujeto humano. Podemos afirmar ahora con suficiente fundamento que la función de la angustia es inexplicable si nos remitimos a la estructura del organismo, el cual está regido por el llamado Principio del Placer. La introducción de la nueva teoría pulsional permite a Freud replantearse la cuestión sin subsumirla en la de la adecuación o inadecuación de la misma, ya que esta cuestión se sostiene en el supuesto de un organismo regido por la homeostasis. Hay, pues, una relación directa entre las modificaciones en la teoría pulsional y las de su conceptualización de la angustia. De hecho, su 32° Conferencia se titula “*Angustia y vida pulsional*” (Freud, 1932), texto que indudablemente continúa y avanza en los desarrollos aquí realizados.

REFERENCIAS

- Benjamín, A. (2007). ¿Cómo no perderse en el país del amor? *Actualidad psicológica*, Año XXXII, N° 352, pp. 22-24.
- Cosentino, J.C. (1998). *Angustia, fobia, despertar*. Buenos Aires: Eudeba.
- Freud, S. (1989). *Obras Completas*, 2ª ed, 2ª Reimp. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Las siguientes referencias son tomadas de esta edición, pero se precisa su fecha de publicación inicial).
- Freud, S. (1917). 25° Conferencia *La angustia*, en *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, T. XVI.
- Freud, S. (1920a). *Más allá del principio del placer*, T. XVIII.
- Freud, S. (1920b). *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. T. XVIII.
- Freud, S. (1922). *Sueño y telepatía*, T. XVIII.
- Freud, S. (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*, T. XX.
- Kierkegaard, S. (1984). *El concepto de la angustia*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Lacan, J. (2006). *Seminario X. La angustia*. Buenos Aires: Paidós [1962-63].
- Trías, E. (2001). *Lo bello y lo siniestro*, 8ª ed. Madrid: Ariel [1982].
- Vassallo, S. (2008). *Escribir el masoquismo*. Buenos Aires: Paidós.